

Por esto Jesucristo predicó con las palabras y con el ejemplo esta virtud, como que es la más esencial al hombre para salvarse; así nos enseña en esta acción que debemos prestarnos mutuamente todos los servicios de caridad representados en el más ínfimo de todos, socorriendo al menesteroso, visitando al enfermo, enseñando al ignorante y sacando del camino de perdición á nuestros hermanos que se extravían; y sobre todo, dice San Agustín (*tract. LVIII in Joan.*), perdonándonos mutuamente las ofensas, sin que quede en nuestros corazones resentimiento contra nuestros prójimos, ni memoria de sus agravios; porque así obraremos como Jesucristo, que, una vez perdonadas nuestras culpas, no vuelve á acordarse de ellas. (Ezequiel, XVIII, vers. 22.)

Verdaderamente se puede decir que Jesucristo no bajó del cielo sino para enseñarnos esta virtud, pues toda su vida es una escuela práctica de humildad, y sus palabras no respiran sino humildad. «Aprended de mí, dice, que soy manso y humilde de corazón; bienaventurados los pobres de espíritu;» es decir, los que no tienen espíritu hinchado y orgulloso. «Si no os hiciéreis como los niños, no entrareis en el reino de los cielos.» Todo esto y mucho más nos dijo Jesucristo para que comprendiésemos que la humildad es la que conserva la inocencia en los justos, y la que mantiene el espíritu de penitencia y dolor en los pecadores arrepentidos. En el cielo hay infinitos moradores; no todos son mártires, no todos fueron virginales, no todos brotaron ríos de elocuencia, no todos fueron extáticos en la contemplación; pero todos fueron humildes: los justos en su inocencia, los pecadores arrepentidos en su penitencia. Si queremos, pues, ser participantes de la gloria de Jesús, que es nuestro Señor y Maestro, es preciso que nos reconozcamos como sus esclavos, obedeciéndole con humildad, y que sigamos sus preceptos. No hay medio: ó ser humilde y vivir con Je-

sus, ó ser orgulloso y penar con Lucifer. No es preciso discurrir mucho para escoger entre partidos tan desiguales y contrarios, y que durarán cuanto dure Dios.

MEDITACION IV.

Jesús prepara á sus discípulos á la institución del Santísimo Sacramento y á la Sagrada Comunión.

Desde que el Redentor empezó á enseñar á las turbas que lo seguían cuál era su misión en este mundo, se va echando de ver un deseo que anima su sagrado corazón de darse á conocer como Hijo de Dios, como hijo del hombre, y como alimento celestial que había de nutrir y fortificar á cuantos lo recibiesen. Así, después que obró el gran portento de la multiplicación de los cinco panes y dos peces (Joan., VI), habiendo ido las turbas en busca de Él, tomó ocasión para hablarlas de un pan misterioso; y recordándoles el que Moisés prometió á sus padres, dándosele Dios en el tiempo de la peregrinación por el desierto, les dijo que aquel pan no fué verdaderamente un alimento celestial, y que su Padre sería quien les daría realmente el pan bajado del cielo. Y como dudasen unos y murmurasen otros al oír estas palabras, Jesús añadió que Él era este Pan de la vida, bajado del cielo para que cualquiera que comiese de él no muera, sino viva eternamente. Y este pan, añade, que yo daré por la vida del mundo, es mi propia carne. Varias veces también habló á sus discípulos de un convite espléndido dado por un Rey á su hijo en el día de sus bodas, de una cena opípara preparada por un cierto hombre, habiendo convidado en uno y otro caso á cuantos quisieron entrar en el salón del banquete. (Math., XXII; Luc., XIV.)

Pan divino, banquete regalado, mesa celestial y cena

opípara eran palabras que salieron muchas veces de los lábios de Jesus y manifestaban lo que encerraba su corazón. Quería preparar los ánimos de sus discípulos para el gran convite, donde cada uno de los asistentes tuviese, no una parte de comida señalada, sino todo entero el Cordero de Dios, embriagándose en el vino de su amor, y empapando toda su cabeza en el precioso aroma del óleo de la caridad. (Psalm. xxii, versículos 7 y 8.)

Grande y de incalculable importancia debía ser este convite, cuando, por una parte, era su idea como el pensamiento íntimo de Jesus, y, por otra, este Dios sapientísimo empezó á hacer los preparativos para su institucion tan pronto como dió principio á su predicacion. Y realmente es así; porque si bien todas las obras de Dios son maravillosas, hay algunas en que resplandece de un modo sorprendente toda la sabiduría y omnipotencia con los demás atributos de la Divinidad.

Precisamente el misterio de la Sagrada Eucaristía era el compendio de todos los prodigios del amor divino hácia el hombre. No es, pues, extraño que Jesus hable tantas veces á las turbas del amor de Dios hácia los hombres, de la necesidad de comer la carne y beber la sangre de la víctima de propiciacion; la obra era grande: se trataba nada ménos que del exceso del amor divino, del esfuerzo de su omnipotencia, y pensaba de continuo en ello el amable Jesus. Así es que, despues de haber hablado tantas veces del convite celestial, en que Él sería el manjar, llegado el momento, mandó á los dos discípulos que más se distinguian por el amor al Maestro, á fin de que preparasen cuanto convenia para el convite legal que habia de preceder al del amor; así es tambien que, apenas se sienta Jesus á la mesa, pronuncia una sentencia inflamada en amor, y viene á ser como el desahogo de un corazón largo tiempo oprimido por un deseo que se ve cumplido, ó á punto de realizarse, diciendo á sus discípulos:

«Vehementemente he deseado comer esta Pascua con vosotros.» (Lucæ., xxii, vers. 15.)

¡Ay adorable Jesus mio! Bien sé yo que aquel salon engalanado, tapizado y festoneado de flores, que quisiste se os preparase para la última cena, era la figura de lo que ha de ser mi alma para recibiros. Lo sé, Dios mio, y me horrorizo al considerar cuán indignamente os he recibido en mi pecho, lleno de las inmundicias del amor del mundo, infecto con las hediondas heces de la carne, y oscurecido todo con los vapores del orgullo. Yo quisiera morirme de dolor cada vez que considero que no os he recibido dignamente; pero Vos sois Padre de misericordia, y espero de Vos, no sólo que me perdonareis, sino que me dareis tanta gracia, que me purifique de toda mancha, y formando en mí un corazón nuevo y puro, sea un santuario donde no éntre más afecto que el vuestro, ¡oh amabilísimo Jesus! Así os lo prometo, y así lo espero de vuestra misericordia.

2.º Veia Jesucristo lo más íntimo de los corazones de los hombres, y sabía perfectamente el estado en que estaban los de sus Apóstoles. Amaban éstos á su Maestro con ternura, y cuando algunos de los que le seguian agregados al número de sus discípulos le abandonaron, pareciéndoles dura la sentencia que oyeron de Jesus sobre comer sus carnes, el Maestro preguntó á los doce Apóstoles si ellos tambien tenian voluntad de retirarse; á lo cual respondió Pedro por todos, diciéndole que ellos creían que era el Cristo Hijo de Dios, que sus palabras eran de vida, no pudiendo encontrar léjos de Él lo que en Él tenian. (Joan., vi, 69.) Sabian, por lo tanto, que tenian que comer la carne del Hijo del hombre y beber su sangre, para alcanzar la vida eterna; sabian que esta carne era verdadero manjar y la sangre verdadera bebida. Así se lo habian oido decir á su Maestro (cap. vi, vers. 54); y aunque ignorasen el modo, no por eso de-

jaban de creerlo, pues les bastaba la palabra del Hijo de Dios.

Perseverando, pues, en esta fé, y siguiendo constantes á su Maestro, llegó el momento en que iban á participar por primera vez de los misterios divinos, comiendo aquella carne y bebiendo aquella sangre. Y para prepararlos á tan admirable convite, les lavó los piés, dándoles una leccion práctica de la más profunda humildad, para en seguida darles otra, tambien práctica, de la más sublime caridad. En la contienda amorosa que medió entre el Maestro y el primero de sus discípulos al lavarle los piés, se echa de ver que todos ellos, ménos uno, estaban en gracia; pero al mismo tiempo se advierte que, esto no obstante, necesitan de que se les laven los piés por las manos de Jesus. (Joan., XIII, 10.)

Raciocinemos, pues: el Sacramento que iban á recibir los Apóstoles es un Sacramento de amor, y para recibirlo dignamente es preciso que el corazon humano se desprenda de todo amor terreno, y purificándose hasta del polvo de la tierra, se inflame todo en el amor de Dios, y así se acerque á Él. Los piés, que es con lo que inmediatamente tocamos á la tierra, indican, dice San Agustín (*Tract. LVI in Joann.*), los afectos humanos, sin los cuales no vivimos en este mundo. Está lavado el que vive en gracia de Dios sin cometer pecados graves; su cabeza, es decir, su intencion está limpia; sus manos, es decir, sus obras, tambien lo están; pero los piés no pueden estar limpios del todo, porque algunas veces cede el ánimo á la vanidad más de lo que conviene, y si Cristo no los lava, no podemos tener parte en Él.

Si Jesucristo con sus manos lava á sus discípulos para que sean dignos de recibirle, señal es que, sin su gracia, nada podemos en órden á nuestra santificacion; señal es tambien que quiere el Señor que nos prestemos con docilidad á ejecutar lo que para conseguirla Él mismo nos

prescribe. ¿Lo haces tú, alma mia? ¿Lo has hecho siempre? ¿Lo harás en lo sucesivo? Hé aquí tres pensamientos que me agitan: miro á lo pasado, y veo que no he hecho más que lavar mis manos, como los fariseos hipócritas, buscando nada más que la limpieza exterior, las apariencias y el pasar por bueno entre los hombres, al mismo tiempo que mi interior, mi corazon, era un sepulcro hediondo, con los afectos del mundo y de la carne. Investigo lo presente, y advierto que mi amor al Señor no es estable; que el mundo, con sus vanidades, me cautiva; que la carne, con sus apetitos desordenados, me quiere arrastrar, y entre tanto la sangre de Jesus baña mi lengua, la carne de Jesus se encierra en mi pecho. ¡Ay de mí, pobre pecador! Miro tambien al porvenir, y temo que seré tan malo como he sido hasta hoy, siendo para mí la comida celestial, no ya para mi inmortalidad dichosa, sino para mi juicio y condenacion.

Pero yo creo tambien ¡oh amabilísimo Jesus! que quien ha lavado con su sangre las ingraticudes de todo un mundo, bien puede lavar y borrar las de un solo pecador, haciendo de él un vaso de honor y de gloria, ya que hasta hoy lo ha sido de ignominia. ¿Quién sino tú, diré con el Santo Job, podrá limpiar al que fué concebido de semilla corrompida? Ten misericordia, pues, de mí, ¡oh Dios mio! segun la muchedumbre de tus piedades; lávame más y más de mi iniquidad, para que te sea aceptable el sacrificio de justicia. Así clamaré sin cesar al Señor, y esperaré que me perdone las culpas pasadas y me preserve de caer en otras, pues así será mi corazon el Santuario donde habite mi amado Jesus, recibéndolo dignamente.

3.º No se contentó Jesucristo con disponer á sus discípulos para la gran cena, exhortándolos en general al amor mútuo y enseñándoles cuál es la verdadera caridad, y trayéndoles á la memoria el deseo que tenía, y que muy

de antemano les habia manifestado, de darse todo á los hombres, ofreciéndose en sacrificio por ellos. (Lucæ, XII, 50.) A más de dirigirse á todos en general, lo hace tambien lavando á cada uno en particular los piés; por este medio Jesus se dirige inmediatamente al corazon de cada uno, excitando en él los más tiernos afectos, sobre todo el de la reciprocidad hácia un amor tan heróico como el de Jesus, á quien debemos amar, porque Él nos ha amado primero. ¡Ah! Cuando Jesus pasaba sus santísimas manos por las plantas de los piés de los Apóstoles, cuando se los enjugaba, cuando se los besaba y abrazaba con ternura, aquellos corazones se derretian en amor hácia tan dulce Maestro, y sus ojos no podian ménos de derramar abundantes lágrimas de compuncion, de gratitud y de amor, y excitando en cada uno de ellos estos afectos, los disponia á la Sagrada Comunion.

Pero sigamos al amable Jesus en esta obra; consideremos cuánto hace con uno de sus discípulos; cada uno de ellos, empezando por Pedro, ama en aquellos momentos á su Maestro con un afecto puro y generoso, á impulsos del cual todos dicen unánimes que se hallan dispuestos á morir por Jesus (Math., cap. XXVI, vers. 35). Pero entre estos doce hay uno á quien tambien se dirige Jesus, y á cuyo corazon habla. En el trascurso de la cena Jesus echa en cara á todo su colegio un crimen que uno de su número habia proyectado. Nada les oculta Jesus en el particular, manifestándoles la trama urdida contra Él, el cumplimiento de lo que habian anunciado los Profetas (Psalm. I, vers. 10), la desgracia del que iba á consumir un crimen tan horroroso, su ingratitud espantosa y su eterna ruina. ¿Y con qué fin el amable Jesus desarrolla en presencia de sus Apóstoles el abominable proyecto del traidor? Jesus iba á darle su sagrado cuerpo, como prenda de amor y de vida eterna, y como medio el más eficaz para producir en su alma el arrepentimiento.

Para eso le pone delante de los ojos un cuadro horroroso de ingratitud, mostrándole en esto que era Dios y que le interesaba su salvacion como la de los demás Apóstoles, supuesto que no omitia ningun medio para convertirlo. (*Augustin, Tract. LXII in Joann.*)

Trabajaba, por lo tanto, el dulcísimo Jesus por preparar á un pecador por medio de la conversion para que lo recibiese dignamente: así se dirige tambien á lavarle los piés, como lo hiciera con los demás. Pero ¿quién no se horroriza al ver el endurecimiento de Judas? No ha habido uno que no se haya conmovido al ver á su Maestro postrado á sus piés; sólo Judas permanece insensible; y mientras Jesus pasa sus benditas manos por aquellos piés que corrian á la perdicion, Judas lo mira con ceño sombrío, con actitud inmóvil, pensando quizás que muy pronto iba á recibir una recompensa por entregarlo á la Sinagoga: así el tigre dirige una mirada fija y sanguinaria al cordero que tiene delante, cuyo más pequeño movimiento espía, deleitándose y relamiéndose de antemano en su sangre. Si Judas no rechaza á Jesucristo de sus piés, es porque cree que disimulando concluirá mejor sus operaciones solapadas y alevés.

¡Ay! Cuanto hace Jesus con Judas para disponerlo á la Comunion por medio de una conversion sincera, lo ejecuta tambien con los pecadores, y lo ha hecho mil veces conmigo mismo. Esas inspiraciones continuas que el Señor nos manda, representándonos cuanto ha padecido por salvarnos, esas fuertes aldabadas que se oyen en nuestro corazon cuando pecamos, ¿qué otra cosa son sino llamadas de Jesus, avisos de Jesus, que nos dice que le hemos vendido por un vil placer, y que si no hacemos penitencia, caminamos con paso veloz al infierno? ¡Oh cuántos Judas hay en la tierra que, vistiéndose con el manto de la hipocresía, no rechazan públicamente á Jesus, maquinando contra Él abominables traiciones! ¡Cuán-

tos hay que reciben de Dios beneficios sin cuento, y endurecidos levantan su calcañar contra su divino Bienhechor, hollando su santísima sangre!

¿Y te hallarás tú entre estos, alma mia? El Hijo de Dios se ha humillado infinitamente por tí; míralo postrado á tus piés para lavártelos, para purificarte de todas tus iniquidades. ¿Permitirás que se levante sin llevar el consuelo de tu docilidad? ¿Serás tan de piedra que no te conmuevas, que no te derritas en lágrimas de dolor y de amor, á un amor tan sublime? ¡Jesus mio! Si preveís que semejante caso ha de llegar, quitadme la vida, porque más quiero morir que ofenderos. Vos sois mi Rey y mi Señor, y yo un pobre miserable; ya que os dignais visitarme, haced lo que hacen los grandes del mundo cuando van á casa de un desgraciado indigente, enviando ántes cuanto es necesario para hospedarse en su desmantelado hogar. Dadme, pues, vuestra gracia; yo os entrego mi corazón, mi alma, mis potencias; santifica, pues, tu habitación, ¡oh buen Jesus! purifícala de la malicia, y llénala de la gracia; así, comiendo tu sagrado Cuerpo, viviré de tí, viviré por tí, llegaré á tí, y descansaré en tí. (S. Aug. Mann., cap. xi.)

MEDITACION V.

Jesus instituye el Santísimo Sacramento.

1.º Despues de haber Jesucristo ejecutado un acto de tan profunda humildad como fué lavar los piés á sus discípulos, volvió á ocupar su asiento en medio de ellos, para dar fin al Testamento Antiguo, trasladando á la vez el sacerdocio y la ley, é instituir aquel sacrificio inmaculado que habia anunciado Dios por su Profeta que se le habia de ofrecer en toda la tierra. Cuán grande sea este acto heroico del amor de Jesus, lo exprime el Evangelista

diciendo que habiendo amado Jesus á los suyos, en el fin de su vida los amó con especialidad. Porque realmente en la institucion del augusto sacrificio del altar, Dios, como explica nuestra santa Madre Iglesia, parece que abrió las cataratas que encerraban su misericordia, y derramó de una vez todas las riquezas de su amorosa piedad. (Tridentino, sesion 13, cap. ii.)

Si pudiéramos hablar de Jesus como hablamos de los hombres, diríamos que su corazón se veia comprimido entre dos deseos que lo atormentan, queriendo volver á su Padre y quedarse al mismo tiempo con sus hermanos. En efecto: Jesus se halla en vísperas de cumplir su misión, despues de la cual resucitará triunfante y subirá á los cielos á sentarse á la diestra de su Padre; pero si el derecho que tiene á la gloria del Padre por su generacion eterna lo llama al cielo, el amor infinito que profesa á sus hermanos los hijos de Adán lo arrastra hácia la tierra, donde les ha prometido que ha de estar con ellos hasta la consumacion de los siglos. Estos dos afectos animan el corazón de Jesus, y lo atormentarian por la imposibilidad de su realizacion, á no ser Jesus al mismo tiempo Dios y hombre. Concluyó, pues, de abrir en esta ocasion los tesoros de su Sabiduría increada, poniendo en práctica lo que desde la eternidad le prometia y daba su Padre con la generacion, el sacerdocio segun el orden de Melquisedech; sacerdocio que habia de ejercer en su sagrada humanidad, no tomando ni víctima ni sangre ajena, sino la suya propia, para que, identificada la víctima con el sacerdote, aplacase con un solo acto al Padre airado, se sentase luégo á su diestra, viviendo siempre para interceder por los hombres, y estuviese al mismo tiempo con éstos, cumpliéndose así tambien la voluntad del mismo Padre, que era dar cuanto tenía á los hombres, dándoles su Hijo. (Roman., cap. viii, vers. 32.)

Para llenar cumplidamente este deseo de quedarse con